

CUENTO N° 155

TÍTULO: EL RINOCERONTE NEGRO

SEUDÓNIMO: FEDUL MARCO

AUTOR: NORMAN ENRIQUE ZALAUQUETT PEILLARD

Rinoceronte Negro

Seudónimo: Fedul Marco

A mis espaldas el mar se veía como un gran pliego de papel aluminio, silencioso y lejano.

Mi meta era seguir escalando el cerro elegido. No veía la cima muy lejos. Mis cuatro hermanos y mi joven tío venían un poco más atrás.

Él era el clásico tío solterón, entretenido y generoso, siempre dispuesto a llevarnos a paseos o aventuras, en ocasiones con algún grado de riesgo.

Aquel día nos invitó a escalar el cerro, lo que todos aceptamos al unísono. Desde mi casa se veía imponente el desafío. Yo no pasaba de los siete años. Mi hermana tendría unos doce, la otra once, mi hermano nueve y el menor apenas cinco.

Caminamos en ascenso unas cuantas cuadras hasta llegar a la línea del tren. Desde ahí hacia arriba era solo desierto. Fuimos buscando una huella por el faldeo del cerro. Al llegar a una quebrada natural, pasamos por debajo de la línea férrea, aunque el tramo no era muy ancho, sí peligroso. En este preciso lugar cobró la vida de mi vecino apodado: El Paloma. Por eso, mi tío nos hizo atravesar de a uno. La

quebrada en los últimos metros se angostaba a tal punto que era necesario caminar de lado como si fuéramos cangrejos. Al mirar hacia arriba la línea se perdía en el contraste con el cielo azul índigo del norte. Él fue y volvió hasta que los cinco estuvimos del otro lado.

En una ocasión el Paloma estaba con otros amigos, jugaban y esperaban que pasara el tren. Lo sintieron aproximarse. Anunciado por el largo pitazo con un dejo de tristeza que daba al cruzar por ese lugar. El desafío era salir antes que se produjeran desmoronamientos de arena en las cuevas aledañas.

Sus compañeros regresaron corriendo a la casa del Paloma, frente de la mía, y atropellándose por hablar explicaban a su madre entre llantos que el Paloma fue sepultado por los arenales.

Miré hacía el cerro y vi el tren detenido en un lugar donde jamás lo hacía. Lo recuerdo como un gran rinoceronte negro que echaba humo por el cuerno.

Su padre y su madre corrían calle arriba con la fatalidad dibujada en sus rostros para siempre.

El Paloma fue velado en su casa. Hicimos una verdadera romería para darle un último adiós. En medio de un dolor indescriptible, en su blanca y pequeña urna abierta su carita mostraba el rigor de la tragedia.

Al pasar frente a su casa recordamos el accidente y lo triste del velatorio. Con esa imagen seguimos cerro arriba y aunque nadie dijo nada, todos llevábamos el crudo recuerdo de ese fatídico accidente.

El viento que sopla de mar a cordillera era cada vez más intenso y levantaba remolinos y polvareda que nos dejaban ciegos por segundos.

Pasamos el rancherío que se instaló después de una masiva toma de terrenos que la autoridad no pudo o no quiso controlar. Íbamos en fila india y mi tío siempre al final. Continué tomando la delantera. Cuando el cerro se inclinaba en unos 60 grados el esfuerzo era cada vez mayor y más me alejaba del grupo.

Mientras creía que me acercaba a la cumbre, recordaba por qué al vecino lo llamaban el Paloma: jugando en una plaza de juegos infantiles, Robertito que era su verdadero nombre, cayó de la parte alta de la montaña rusa. Los que lo vieron dicen que planeó como una paloma hasta que aterrizó con suavidad, sobre unos matorrales que amortiguaron su caída resultando sin un solo rasguño.

Cuando me giré para ver qué tan atrás venía el resto del grupo, el manto de aluminio me encandiló, sin embargo, pude ver que yo estaba a unos setenta metros de ellos. Mis hermanos estaban sentados sobre la tierra salitrada. Empecé a escalar por un terreno más pedregoso y empinado.

Muy a lo lejos y por las voces que me traía el viento, supe que me estaban llamando. El paseo llegó a su fin. Hice caso omiso y, entusiasmado por hacer cumbre, seguí cerro arriba. Solo cuando escuché a mis hermanos que gritaban en coro y decían que ya se iban sentí pánico de quedarme solo.

Inicié una carrera de muerte cuesta abajo. El viento daba con fuerza en mi cara y mis pies casi no tocaban la tierra; seguía sin darme cuenta que me encaminaba a un desenlace inminente y no podía detenerme. Mi hermana intentó

Seudónimo: Fedul Marco

pararme con un brazo extendido como barrera, pero mi velocidad la hizo girar como a un trompo. Mis hermanos ahí sentados cruzaron ante mí como una sombra.

Al final mi tío, atento y en posición de arquero, saltó encima atrapándome con fuerza. Rodamos varios metros cerro abajo y estuvimos a un tris de caer al despeñadero. La polvareda que se levantó cubrió a mis hermanos.

Después todo fue silencio.

Mientras el sol empezaba a caer, cabizbajos desandamos el camino, y yo, sin enterarme que había vuelto a nacer.

////////////////////////////////////